



—¿De qué disciplinas tratan esos autores...?
—Son de «La Novela Rosa».

—Oye, Felipe. ¿Cuándo me vas a decir: «Te adoro, amada mía»? Con los ojos en blanco y los trémolos en la voz, estaba deliciosa. Felipe creyó no haber oído bien y le hizo repetir la pregunta.
—¿Y por qué te voy a decir semejante cosa?
—Porque se lo dicen los novios a las novias cuando están muy enamorados... Y tú ya no me quieres—añadió, con los ojos empañados en lágrimas.

Felipe, acostumbrado a la exactitud de las Matemáticas, no entraba por aquel mundo fantástico de Juanela. En lugar de calmarla, le exigió, con la voz breve:

—¿Quién te contó semejante estupidez?

—Nadie. Lo sé yo.

—¿Lo sabes?... Así, ¿has tenido otro novio?... ¿Y quién fué el cursi? Juanela estaba indignada por aquel salto de humor, y remachaba inconscientemente:

—Tú eres mi primer novio. Pero yo lo sé.

—Lo sé... Lo sé... Por algo lo sabrás... No querrás hacerme creer que posees la ciencia infusa.

—Pues lo sé—replicó rabiosa—porque todas las novelas lo dicen. En la última que leí se lo decía Orlando...

—¿Orlando?... ¿Pero quieres decirme que Ariosto...?

—Sí. Se lo decía Orlando a Chunita. Ariosto no sé si vendrá luego. La novela es de Delhi.

—¡Acabásemos! Debí comprender que eras incapaz de leer a Ariosto y que debía tratarse de semejante imbecilidad.

Felipe intentaba arreglar su grosería anterior con otra mayor.

Aquel día no se perdieron por ninguna calle. Encontraron un camino que llevaba directamente a casa y en el que nunca habían pensado.

Permanecieron unos días sin hablarse.

La reconciliación dió nuevos bríos al idilio. Juanela también hubiese puesto sus «peros» a aquel «arreglo», pero recordaba demasiado la cólera de Felipe para intentar comparaciones.

De lo que no pudo sustraerse fué de largas cavilaciones sobre el mejor regalo que le haría para Reyes. Buscó entre las páginas de sus fieles consejeros. Y halló lo que deseaba: el regalo que a la vez que demostrase su finura espiritual le confiriese a él una especial elegancia.

Frente a aquellos guantes amarillos, aquella corbata antigua de muaré y aquel par de botines yema subido que desenvolvió en el Café de San Bernardo—divanes de terciopelo rojo, claros espejos orlados de purpurina, y musiquilla melancólica—, Felipe no supo qué decir.

El desencanto de Juanela ante aquella falta de sensibilidad fué grande:

—¿No te gusta?

—¡Sí! Es muy bonito.

Y la pianista, tocando un pasodoble castizo, que daba ansias de sol en el aire con copos de nieve, cerró la discusión, que hubiese podido agriarse. Pero que en lo sucesivo se agrió.

Todos los días lanzaba Juanela el dardo de la pregunta:

—¿Cuándo te pones los botines, la corbata y los guantes?

—¿No habías dicho que lo ibas a estrenar hoy?

—Creí que me habías prometido...

La paciencia de Felipe descubría cada vez un matiz más agrio:

—No he podido.

—Se me olvidó...

—No creo que me vaya bien...

—Decididamente, lo dejaré para más adelante, cuando sea un señor de cierta categoría, fume habanos y gaste bastón con empuñadura de oro.

Juanela se sintió profundamente herida, no tanto por ella como porque de aquella forma despreciasen los maestros donde iba en busca de fuentes de orientación.

Volvieron a enzarzarse en una y en otra discusión. Volvieron a recordar las calles que llevaban más directamente a casa y se volvieron a despedir agriamente.

La reconciliación fué menos apoteósica.

Pero Juanela no aprendió en las sucesivas derrotas. Buscaba cada vez con mayor ahinco al personaje que se asemejase más a Felipe, y en él probaba los procedimientos que a sus antecesoras, las muchachas de *La Novela Rosa*, les habían dado excelentes resultados.

A cada uno de los procedimientos, Felipe se mostraba más recalcitrante y más agrio.

Hasta que un día desapareció.

Y hasta que otro le envió el paquete de los guantes amarillos, de la corbata de muaré y de los botines color yema. Y una esquelita que decía: «Te aconsejo que no intentes servirte en la vida de procedimientos de novela. Especialmente si se trata de la *Rosa*.»

Juanela piensa que debieran escribir una novela en la que fuese protagonista un Felipe, para que supiesen el camino a seguir muchachas ingenuas como ella.

TEODORO DE LUCA